



Políticos, gerentes y provocadores.

Por Álvaro Ramis Olivos

Posted on Febrero 27, 2026

La composición del gabinete del futuro presidente José Antonio Kast deja entrever una arquitectura de poder que puede leerse en tres registros: políticos profesionales, gerentes sectoriales y provocadores mediáticos. La tipología no es solo descriptiva; permite anticipar tensiones internas y estilos de gobierno en una administración que busca combinar conducción ideológica, eficiencia tecnocrática y alto impacto comunicacional.

El primer grupo —los políticos— se expresa sobre todo en el Ministerio del Interior y en la Secretaría General de la Presidencia. Son figuras con trayectoria parlamentaria y oficio partidario que encarnan la noción weberiana de la política como vocación y profesión. Saben que la política estatal se ejerce menos en la prensa que en el Diario Oficial: en decretos, reglamentos, vetos y tramitaciones. Su capital no es la visibilidad, sino la capacidad de articular mayorías, anticipar costos y sostener estrategias de largo aliento. En un gabinete heterogéneo, serán los llamados a administrar conflictos y traducir impulsos en decisiones institucionales viables.

El segundo grupo —los gerentes— aparece en la Cancillería y en varios ministerios sectoriales. Son ejecutivos o especialistas con conocimiento profundo de la industria vinculada a su cartera: energía, obras públicas, economía, telecomunicaciones. Su promesa es la eficiencia: gestión por resultados, redes empresariales, familiaridad con mercados y cadenas de valor. Pero su fortaleza es también su flanco débil:

los conflictos de interés, inevitables cuando quien regula proviene del mundo regulado. La sospecha de captura o sesgo pro-industria puede erosionar legitimidad y condicionar decisiones, obligando a estándares de probidad y transparencia particularmente exigentes.

El tercer grupo —los provocadores— se simboliza en el Ministerio de Vivienda con Iván Poduje y en otras figuras de alto perfil mediático. No son políticos profesionales ni gerentes expertos, sino agitadores de opinión que ponen en juego visibilidad, narrativa y polarización. Su activo es la capacidad de instalar temas y tensionar consensos; su riesgo, sustituir la gestión por la performance. En un gobierno que busque la llamada batalla cultural como parte de su identidad, estos perfiles son funcionales: amplifican señales, movilizan bases y desplazan el eje del debate.

Para un gobierno como el de Kast, estas tres lógicas son a la vez inevitables y contradictorias. La eficiencia gerencial requiere discreción y técnica; la provocación demanda exposición y choque; la política profesional exige tiempo, negociación y prudencia institucional. La pregunta no es cuál prevalecerá, sino quién arbitra cuando colisionan. En esa tarea, los políticos en sentido weberiano —los que conocen el Estado como máquina normativa y no como escenario— tendrán el deber de administrar los excesos, encauzar los intereses y convertir la diversidad del gabinete en una estrategia coherente. Al final, gobernar no es solo declarar o ejecutar: es sostener en el tiempo decisiones que resistan tanto al mercado como a la tribuna pública.

Para El Maipo, Álvaro Ramis, Rector de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de sus autores, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.